

EPOCA UNDÉCIMA

1096 DESPUES DE J. C.

LIBRO PRIMERO

LAS CRUZADAS

CAPITULO I

Introduccion.

El movimiento general de Europa en esta época sólo pudo tener lugar en los días en que la fe sobrepujaba á toda otra tendencia, y con los ojos puestos en lo alto, se anhelaba por el cielo, como la eterna patria de las naciones.

Las Cruzadas fueron el movimiento general de la Europa germánica; caracterizan perfectamente este período de la historia del mundo, y merecen ser por esto sólo detenidamente estudiadas. Son una prueba maravillosa de la influencia que ejerció la Iglesia, aun en medio de las circunstancias más difíciles, sobre los pueblos germanos, difundiendo entre grandes y pequeños el espíritu del cristianismo, haciéndoles preferir la posesion de los bienes espirituales á la de los de este mundo, moviéndoles

á cumplir sus deberes, no á impulsos de la fuerza, sino á la voz de la conciencia, llenándoles á todos de tan grande entusiasmo religioso, que, en un momento dado, logró que príncipes y pueblos se precipitasen sobre el Asia para la conquista de la Ciudad Santa. Son además una de las victorias más bellas del cristianismo; porque se vió en ellas á los descendientes de esos bárbaros que en otro tiempo abandonaron las yermas y heladas regiones del Norte, para conquistar otras más templadas y fecundas, animados de un espíritu de conquista enteramente opuesto al de sus antepasados; abandonando sus bienes, sus tierras, sus posesiones; en una palabra, todo lo que el hombre ama y desea, para realizar á costa de las más



duras privaciones, de las más rudas pruebas y de la más completa abnegación, una grande y fecunda idea cristiana.

Ese espíritu nuevo, que durante las emigraciones de los pueblos había movido en otro tiempo á los príncipes á entrar en la Iglesia á la cabeza de sus súbditos, con la esperanza de consolidar á la vez el trono y el orden público, va á mover ahora á los mismos pueblos á seguir los consejos de la Iglesia y el ejemplo de los reyes, sin que sea necesaria fuerza alguna allí donde la voz de Dios parece hablar y mandar al corazón del hombre (1). Esa lucha magnánima, en que el piadoso entusiasmo de los cristianos se ha de encontrar frente á frente con el fanatismo religioso de los sarracenos, había sido preparada de lejos por una serie de sucesos encadenados unos á otros. Después de la muerte de Jesucristo no habían dejado de pasar á Jerusalem hombres de todos los países del mundo. El ejemplo de Santa Elena, madre de Constantino el Grande, había animado particularmente á los cristianos. La Iglesia que edificó sobre el Santo Sepulcro se había hecho ya el lugar de peregrinación más frecuentado. En los siglos X y XI fueron muchísimos los que pasaron á Palestina, ya por devoción, ya por el deseo de no tomar parte en los desórdenes del Estado y de la Iglesia, agitados entonces por la cuestión de las investiduras. Desde el año 999, Silvestre II había ya empezado á implorar el socorro de la Iglesia en nombre de la devastada Jerusalem; y en 1074, al saber Gregorio VII las vejaciones que tenían que sufrir los peregrinos, concebía ya la idea de ir á conquistar el Santo Sepulcro á la cabeza de un ejército. «Nuestros padres, escribía (2), han vi-

(1) Cf. *Willelm. Tyrius*, Hist. belli sacri, lib. I. (*Bongars*, t. I, p. 640.)

(2) *Gregor.* Ep. lib. II, ep. 31: «Jam ultra quinquaginta millia ad hoc se preparant, ut si me possunt in expeditione pro duce ac pontifice habere, armata manu contra inimicos, Dei volunt insurgere, et usque ad sepulchrum Domini ipso ducente pervenire.» Véase la segunda carta que dirigió: «Ad omnes christianos, lib. I, ep. 49; y otra escrita al conde de Borgoña, lib. I, ep. 46. En el *Chronic. Casin.* lib. III, cap. 71, se dice de Víctor III: «De omnibus fere Italiae populis Christianorum exercitum congregans atque

»sitado muchas veces esa tierra sagrada para »consolidar la fe católica; y nosotros, sostenidos por las oraciones de toda la cristiandad, »irémos también allí á defender nuestra fe y »nuestros hermanos, luego que nos abra el camino la gracia de Jesucristo; porque el camino »de los hombres no está en sus manos, sino »que es el Señor quien los guía.» En el concilio de Plasencia del año 1095 resonaron las quejas del emperador griego Alexix, y levantó luego la voz del elocuente y entusiasta Pedro el Ermitaño, que contó las angustias de los cristianos de Oriente y proclamó en nombre de Cristo la orden de salvarlos. Encontráronse en el concilio de Clermont, Pedro y Urbano II, que profundamente conmovido, dirigió la voz al pueblo (1) y le dijo: «La tierra donde se levantó el sol de la verdad, donde se ha dignado vivir el Hijo de Dios, donde ha enseñado »y sufrido, donde ha muerto y resucitado, »después de haber cumplido la grande obra de »la redención humana; esa tierra sagrada ha »caído en manos de gentiles, y el templo de »Dios ha sido profanado; los santos han sido »muertos, y sus cuerpos entregados á las fieras; »la sangre de los cristianos ha sido derramada »como el agua de Jerusalem, y en torno de sus »muros, ¡ay! yacén aún insepultos sus cadáveres. Lleno de confianza en la misericordia de Dios, y en virtud de la autoridad de »San Pedro y de San Pablo, de que soy depositario, concedo indulgencia plenaria á todos »los cristianos que, animados de una sincera »devoción, tomen las armas contra los infieles. »Todo el que muera durante esta santa peregrinación animado de un verdadero arrepentimiento, obtendrá la remisión de sus culpas, »y la vida eterna.» Dios lo quiere, exclamó el pueblo á una voz. Una cruz en el hombro derecho fué el símbolo de la obra aceptada por el entusiasmo general, fué el signo que debía recordar siempre á los cruzados que los sentimientos y los pensamientos de cada uno eran

vexillum beati Petri apost. illis contradens, sub remissione omnium peccatorum contra Sarracenos in Africa commorantes direxit.»

(1) *Willelm. Tyrius*, Hist. belli sacri, lib. I. (*Bongars*, t. I, p. 640.)



los pensamientos y los sentimientos de todos; que no había ya distinción entre amigos ni enemigos en esa milicia piadosa y libre que los caballeros debían llevar á la conquista de la Ciudad Santa.

Tal fué el gran pensamiento de las cruzadas. Por más que mediasen en ellas consideraciones humanas, es innegable que fué un pensamiento del cielo, pensamiento que agitó durante dos siglos las naciones de Europa, añadió honra y fe á los cristianos, é hizo triunfar el entusiasmo de la cruz sobre el racionalismo, como había triunfado en otro tiempo sobre la razón pagana.

La belicosa é indisciplinada muchedumbre, de que fué jefe Pedro el Ermitaño, estaba ya medio derrotada cuando llegó á Bulgaria, y fué destruida completamente por los turcos. Organizóse, empero, otra cruzada mejor dirigida, y se triunfó de los sarracenos: se conquistó á Jerusalem en 15 de Julio de 1099, y se fundó el reino de Godofredo de Bouillon, ese piadoso monarca que no quiso ceñir su corona en los mismos lugares que ciñó Jesucristo las espinas.

Urbano, autor de esta gloriosa cruzada, no supo la libertad de Jerusalem sino en la del cielo, porque murió en 29 de Julio del mismo año, antes de que llegase á Occidente la nueva de tan grande conquista.

Reseñando brevemente la historia de las cruzadas, dirémos, siguiendo á un conocido autor, que el temor de una nueva invasión en la Europa por parte de los musulmanes; el espíritu feudal aventurero y eminentemente religioso de la edad media; el deseo de visitar libremente, como en los primeros tiempos del cristianismo, los Santos Lugares de Jerusalem, donde se obraron los misterios de nuestra redención; y más que todo, la idea de rescatar estos Lugares del poder de los infieles; tales fueron las causas de las cruzadas, que, encarecidas por las predicaciones de Pedro el Ermitaño, pusieron en movimiento á los pueblos de Occidente.

No todos, sin embargo, tomaron parte en este levantamiento general; porque la Península española sostenía ya desde el siglo VIII

una lucha ardiente con los árabes; los pueblos slavos y scandinavos del Norte sostenían también una encarnizada lucha contra la idolatría. La Francia bajo los Capetos, la Inglaterra bajo los normandos, la Italia bajo los mismos, y la Alemania dando treguas á la guerra entre güelfos y gibelinos, fueron las naciones que tomaron parte en las cruzadas.

Urbano II, conmovido por las relaciones de Pedro el Ermitaño, dió en el concilio de Clermont la voz de alarma, que fué correspondida con estas palabras: *¡Dios lo quiere!*

Sin esperar la época que había fijado el papa Urbano, emprendió su ruta el primer ejército de cruzados: el pueblo, hombres, niños, mujeres, todos iban al Oriente, sin orden, sin disciplina, sin armas, sin provisiones, y sin otro jefe que Gualberto y el heroico Pedro el Ermitaño. Engrosado este ejército cada día, llegando al número de trescientos mil hombres, y obligados á entregarse al pillaje para subsistir, la mayor parte pereció en Hungría ó en el Asia Menor.

Púsose luego en camino el segundo ejército de los señores, llevando á su frente á Godofredo de Bouillon, á sus hermanos Balduino y Eustaquio, á Raimundo, conde de Tolosa, Boemundo de Toscana, á su sobrino Tancredo y á otros muchos señores.

El primer hecho de armas de los cristianos fué la toma de Nicea, á que se siguió la de Edesa y Antioquia. Jerusalem fué tomada por asalto después de cuarenta días de sitio. En suma, los resultados de esta primera cruzada fueron: la fundación del reino de Jerusalem, y la de las órdenes militares de los hospitalarios, de los templarios y de los caballeros Teutónicos.

Cuarenta y tres años después de la fundación del reino de Jerusalem, y en el reinado de Balduino III, los triunfos del famoso Noradino, sultán de Siria y de Egipto, conmovieron violentamente el trono de Godofredo. Á pesar de la enérgica defensa de Joselin de Courtenay, Edesa, la ciudad más floreciente de la cristiandad en Asia, cayó en poder de los infieles. Los cristianos dieron una voz de alarma, que resonó en toda la Europa y que promovió la segunda cruzada.



La predicó el ilustre San Bernardo por encargo de su discípulo el papa Eugenio III, y tuvo por jefes á Luis VII, rey de Francia, y á Conrado III, emperador de Alemania. No tuvo ningun resultado, porque al cabo de dos años, destruidos ambos ejércitos por el hambre, la guerra y la perfidia de los griegos, se volvieron los dos reyes á Europa.

Entre tanto, Jerusalem, no habiendo recibido los auxilios que esperaba, continuaba sosteniéndose con dificultad contra Noradino, ocupando al mismo tiempo Saladino á Tolemaida. La desgraciada y sangrienta batalla de Tiberiades, en la que cayó prisionero Guido de Lusignan, último rey de Jerusalem, fué el preludio de la pérdida de la Ciudad Santa, que al fin cayó en poder del famoso Saladino.

Una consternacion general se apoderó de todos los ánimos cuando se supo en Europa la toma de Jerusalem por Saladino. Á la voz de Guillermo de Tiro, venido del Asia á contar tan infausto acontecimiento, se renovó en todos un entusiasmo igual, si no superior, al que excitó Pedro el Ermitaño. En ésta el movimiento fué más general que en las anteriores cruzadas. El emperador de Alemania Federico Barbaroja, el rey de Francia Felipe Augusto, y el de Inglaterra Ricardo Corazon de Leon, fueron los jefes esta vez. El ejército de los alemanes se puso en camino para el Asia, donde pereció casi todo. Amaestrados por la experiencia los otros dos, abandonaron el camino por tierra, pero á pesar de esta precaucion, la discordia de los jefes hizo infructuosa la campaña, que no tuvo otro resultado que la toma de la isla de Chipre y la de Tolemaida, hoy San Juan de Acre.

Los desastres que acababan de experimentarse empezaron á entibiar el celo por las guerras santas. No obstante, á la muerte de Saladino, su hermano Malek-Adel, tan valiente, hábil y emprendedor como aquél, amenazaba nuevamente acabar con los últimos restos del imperio cristiano en Oriente.

El papa Inocencio III reanimó el celo religioso de los cristianos y llamó á toda la Europa á una nueva cruzada, la que predicó Foulques, cura de Neuville. Además, Isaac Angelo, emperador de Oriente, á quien su hermano Ale-

jo Commeno habia arrojado violentamente del trono, vino tambien á pedir auxilio á los soberanos de Europa. Los señores de Champaña y de Flándes tomaron la cruz y se pusieron á las órdenes de Bonifacio de Monferrato y del conde Balduino de Flándes, decidiéndose en asamblea extraordinaria en la Dieta de Compiegne, que el ejército se trasladaria por mar al Oriente. Los resultados de esta cruzada fueron la fundacion del imperio latino, que duró cincuenta y siete años, sin fuerza, sin gloria y sin prosperidad, y el repartirse las provincias del imperio griego los franceses y los venecianos. La dinastía caída de los Commenos fundó en Nicea y en Trebisonda un fantasma de imperio, hasta que Miguel Paleólogo restauró el antiguo imperio de Oriente, ayudado de los genoveses, y fué el jefe de una nueva dinastía.

La quinta cruzada partió de Alemania. Apremiado Federico II por las instancias de Inocencio III, su tutor, habia prometido ponerse al frente de los cruzados; muerto el pontífice, negóse á ello, y fué reemplazado por Andres II, rey de Hungría, á quien los disturbios de los magnates le obligaron á abandonar la cruzada, encargándose de ella Juan de Briena. Proponiéndose éste la conquista del Egipto, se apoderó de Damietta, y hubiera adelantado más si las inundaciones del Nilo no hubiesen obligado á los cristianos á emprender una desastrosa retirada.

Por fin, Federico II, á quien Juan de Briena dió la mano de su hija Yolanda y cedido todos los derechos sobre el reino de Jerusalem, partió á la Palestina dirigiendo la sexta cruzada, y por medio de un tratado con el sultan Al-Kamel obtuvo la devolucion de Jerusalem: pero consintió en dejar una mezquita en medio de la Ciudad Santa, y esto produjo la más viva indignacion entre los caballeros templarios y hospitalarios que habian peleado con Federico. El emperador entró, no obstante, con sus barones, y se hizo proclamar rey de Jerusalem. Pero aumentándose cada vez más la division entre los cruzados, abandonó Federico á Jerusalem y regresó á sus estados de Alemania.

El santo rey Luis IX de Francia supo con profundo dolor el ningun resultado de las dos



últimas cruzadas y la profanacion de los Santos Lugares por los infieles. Habiendo escapado como por milagro de una enfermedad peligrosa, hizo voto de cruzarse; y á pesar de los ruegos y lágrimas de su madre doña Blanca de Castilla, tomó la cruz y la dió á sus tres hermanos Roberto de Artois, Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou, al señor de Joinville, el fiel y sencillo historiador de esta sétima cruzada, y á la mayor parte de los señores del reino, embarcándose en Aguas Muertas. La toma de Damietta, la cual hubo de entregar más adelante por su rescate, la derrota de la Mansourah (la Masora), el cautiverio del rey y un tratado de paz, pusieron fin á esta sétima cruzada.

La octava cruzada fué dirigida contra Túnez, y tuvo por jefes á Eduardo, rey de Inglaterra, y al mismo San Luis, el cual perdió en ella la vida, muriendo de peste al frente de aquella ciudad.

En el órden social, el servicio tal vez de más importancia que hicieron las cruzadas á la Europa, fué libertarla de la invasion de los turcos, porque dueños del Asia Menor y del Egipto, estos bárbaros se hubieran apoderado de Constantinopla, y sin obstáculo alguno ya, se hubieran lanzado sobre la Europa.

En el órden político, contribuyeron poderosamente á debilitar el poder de los señores feudales y á fortalecer el de los reyes.

La industria y el comercio adelantaron considerablemente, á causa de que las relaciones del Asia con la Europa introdujeron en ésta nuevas producciones y artículos de comercio, y más comodidad, gusto y elegancia en las artes útiles.

Bajo el punto de vista literario, la geografía descubrió nuevos horizontes y se enriqueció con mayor número de conocimientos. La Historia tomó una forma más animada y amena, por el entusiasmo con que supieron pintarnos los cruzados sus hechos, despojando las crónicas de su pesada y monótona aridez.

Las cruzadas dieron origen además á la institucion de la caballería. Para defender á los peregrinos, expuestos á los ataques de los turcos, se establecieron en Jerusalem tres órdenes militares, á saber: la de los Hospitalarios,

la de los Templarios y la de los caballeros del órden Teutónico. Los Hospitalarios, ó caballeros de San Juan de Jerusalem, hoy de Malta, se mantuvieron en la Palestina mientras estuvo en poder de los cristianos; mas cuando Saladino se apoderó de Jerusalem fueron mudando de sitio, y se establecieron en Ródas, hasta que Soliman tomó esta isla en 1522, por lo que en 1530 se fueron por órden del emperador Carlos V á la isla de Malta. En 1665 los caballeros sostuvieron contra los turcos uno de los sitios más memorables de que hace mencion la Historia. Napoleon se apoderó de ella en 1798, y en 1800 cayó en poder de los ingleses, que la conservan.

Los templarios, así llamados por la situacion que ocuparon en Jerusalem junto al templo, fueron instituidos por Balduino, rey de Jerusalem, á fin de defender á los cristianos que iban en peregrinacion á la Tierra Santa.

El órden Teutónico ó de Prusia debe sus principios á unos caballeros de Bremen y Lubek que fueron á visitar los Santos Lugares. Estos fundaron allí una órden, que aprobó el papa Celestino III. El emperador Federico II trajo consigo á la vuelta de su peregrinacion de la Tierra Santa algunos de estos caballeros de Alemania, y les dió la Prusia.

¡Ay de la civilizacion, dice Cantú, si una division hubiese sobrevenido cuando el islamismo, con el ardor de una fanática juventud, desde España y Siria amenazaba á Europa! Pero la autoridad que velaba por la civilizacion del Occidente, levantó la voz á la vista del peligro; de todas partes corrieron presurosos denodados caballeros y devotos peregrinos, y la Europa (valiéndonos de las expresiones de Ana Commeno) pareció que, arrancada de sus raíces, se precipitaba sobre el Asia. Á la grande unidad cristiana debe atribuirse tambien el que tantos pueblos se movieran como un solo hombre, no conociendo más razon que la expresada en su grito de guerra: *Dios lo quiere*. La imaginacion queda absorta al contemplar el heroico entusiasmo, la profundidad de sentimiento, la milagrosa lozanía de voluntad, si bien desprovista de calma y de prudencia, que acompañaron á aquella gran reaccion del Occidente contra el Oriente, que con más ó ménos ardor y